

dossier

# Qué ¿? hacer

Desde el comienzo de la revista *Ideas*, intentamos responder a la pregunta por el sentido de la filosofía y, en particular, por el de nuestro trabajo como filósofxs. Más allá del entusiasmo y el esfuerzo que suelen acompañarnos, en esta ocasión un tono gris, ligado al sombrío panorama social, político y económico que instaló el gobierno de la Alianza Cambiemos, transformó la duda filosófica en hondo escepticismo. Con todo, la misma coyuntura que parece dejarnos sin fuerzas es también la que nos obliga a seguir preguntando. Tal como afirmamos en el editorial de este número, hay una convicción y, con ello, una insistencia: hay algo que, *en tanto filósofxs*, podemos hacer. Y dado que el tema nos excede, que no estamos solxs en esta tarea y que siempre pensar con otrxs resulta más fructífero y enriquecedor, convocamos a otrxs a compartir esa pregunta. Este dossier, entonces, es el resultado de una convocatoria amplia y urgente a nuestrxs colegas y compañerxs generacionales, para responder a la pregunta: *¿Qué hacer?*

## El quehacer filosófico, profesión y desborde

JUAN NESPRÍAS

Que la convocatoria a pensar “¿qué hacer?” ante el panorama que ofrece el presente de nuestro país sea en tanto “filósofxs” habilita un “nosotrxs”, frágil tal vez, pero posible, que pueda hacerse cargo de la respuesta. El editorial del número 8 de la Revista *Ideas* es una prueba de la búsqueda y construcción de semejante posibilidad. Parto de una coincidencia generalizada: 1) con el diagnóstico trazado sobre la situación material y simbólica de nuestro país, y 2) con la voluntad de vincularse con aquello que “se ha vuelto ajeno” para la filosofía, con el afuera, afuera en el que, sin embargo, ya estamos. De modo que entiendo estas líneas como un comentario a modo de diálogo con el editorial.

La respuesta a la pregunta sobre qué hacer debería dirigirse a pensar lo que hacemos y lo que se quiere hacer con lo que somos. Si para la mayoría la nominación de “filósofxs” es una carga demasiado pesada, entonces podríamos partir de lo que hacen “quienes hacen filosofía”, sea ello lo que cada cual quiere que fuera. ¿Qué define a ese “nosotrxs”? En principio una práctica compartida, algunas instituciones legitimadas para expedir certificados, un reconocimiento social en la educación y en la política científica del país. Es decir, una *profesión*. Sabido es que acá el nombre tampoco goza de buena fama. ¿Profesionales de la filosofía? La sociología de las profesiones tiene que flexibilizar sus categorías para dar cuenta de la profesión “filósofx”: su ámbito de aplicación es discutible, la utilidad de sus saberes mucho más. No obstante, tenemos vigente y consolidada la célebre “normalidad filosófica” romeriana que habilita la identificación, sociológica, de una profesión. Hay instituciones y prácticas identificables en las que, en mayor o menor medida, la filosofía existe.

Pero eso nos pone en un brete: ¿respondemos al “¿qué hacer?” en nombre de la filosofía, como si hubiese “una” filosofía? Conviene re-

cordar que la normalidad filosófica lleva en sí misma su contrario: la anomalía disciplinal, la imposibilidad de lograr un acuerdo básico alrededor de su definición y su sentido. Porque no es lo mismo sostener que la filosofía es una actitud problematizadora ante el mundo, que considerarla fundamentalmente como un análisis riguroso de fuentes filosóficas. Podemos sostener que la filosofía es una actividad lindante con la actividad científica, o por el contrario, reconocerla más cercana al arte; que es una actividad fundamentalmente reflexiva y contemplativa, o más bien creadora de conceptos; una sofisticada y específica actividad intelectual reservada a unos pocos o una particular experiencia de pensamiento abierta a cualquiera. En el extremo de este desacuerdo, sin exagerar demasiado, hay tantas filosofías como filósofos y filósofas la practiquen.

Hace veinticinco años la Revista de *Cuadernos de Filosofía*, a propósito de los cuarenta y cinco años de su nacimiento, celebraba “45 años de la filosofía en Argentina”, y convocaba a algunos referentes del campo académico a pensar esa trayectoria. Lo que resulta de las intervenciones en esas Jornadas, organizadas en un espacio de altísimo grado de profesionalización e institucionalización de la filosofía en nuestro país, era una especie de reproche (autoreproche) hacia la filosofía académica por un abandono del espacio público y la coyuntura extrafilosófica (la crítica es aun más dura hacia la nula intervención en la coyuntura filosófica).

La última interrupción del estado de derecho en nuestro país produjo un confinamiento de la actividad filosófica a los espacios eruditos y especializados. Decía Oscar Terán que otras esferas de la cultura han podido elaborar ideas y obras mediante las cuales una sociedad puede construir y discutir su propia realidad, pero la filosofía no ha estado a la altura de su “misión social”. Gladys Palau comentaba que a lo largo de los números de *Cuadernos* no hay referencias ni a la bomba de Hiroshima ni a *La noche de los bastones largos*: el presente parece no haber transcurrido en sus páginas.

## Qué? hacer



Decía Oscar Terán que otras esferas de la cultura han podido elaborar ideas y obras mediante las cuales una sociedad puede construir y discutir su propia realidad, pero la filosofía no ha estado a la altura de su “misión social”

En una orientación que parece inexorable y hasta esperable, cuanto más “normal” y profesional se hizo la práctica filosófica, más técnico y hermético el discurso filosófico para el hombre de a pie, y menos politizado su vínculo con el afuera. Si en la misma fundación de la filosofía argentina Alejandro Korn y José Ingenieros pudieron pensar el país en clave filosófica *para intervenir en él*, la consolidación de la filosofía fue recluyéndola gradualmente al abrigo de los muros académicos. Carlos Astrada, entre otras excepciones que podrían tomarse para reforzar la regla general, es quizás la figura que combina rigor académico y actividad intelectual con un compromiso político, al pensar la nacionalidad desde fundamentos filosóficos, y al vincular el marxismo y el existencialismo con el movimiento peronista.

Cabe preguntarse por qué el reproche de *Cuadernos de Filosofía*, un fragmento de altísima institucionalización de la filosofía argentina. ¿Qué compromisos guarda la filosofía con el afuera, con su presente y con la coyuntura política? ¿Tiene una misión social intrínseca? ¿Por qué habrían de transformar el mundo, justo lxs filósofxs? ¿Qué idea de la profesión y qué idea de la filosofía sostienen semejante pretensión?

Vamos a sostener que la filosofía es siempre un exceso respecto de sus condiciones, y que en este caso, también lo es respecto de la profesión. Algunos auxilios célebres para sostener esto: Weber y Derrida. En *La Universidad sin condición* el filósofo francés se preguntaba qué significa profesar, qué se hace cuando se ejerce una profesión. “«Hacer profesión de» es declarar en voz alta lo que se es, lo que se cree, lo que se quiere ser, pidiéndole al otro que crea en esta declaración bajo palabra”.<sup>1</sup> “La universidad *hace profesión* de la verdad. Declara, promete un compromiso sin límite para con la verdad”.<sup>2</sup> Y ¿qué sería profesar la filosofía?: “[...] no simplemente ser filósofo, practicar o enseñar la filosofía de forma pertinente, sino comprometerse, mediante una promesa pública, a consagrarse públicamente, a entregarse a la filosofía, a dar testimonio, incluso a pelearse por ella. Y lo que aquí cuenta es esta promesa, este com-

<sup>1</sup> Derrida, Jacques, *La universidad sin condición*, trad. C. de Peretti y P. Vidarte, Madrid, Trotta, 2002, p. 33.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 10.

promiso de responsabilidad”.<sup>3</sup> Uno de los textos imprescindibles, pero también más bellos y potentes sobre el ejercicio del poder y la política en vínculo con el Estado está en la conferencia que Max Weber brindó hace exactamente cien años en Múnich. El título dado al ensayo, *Politik als Beruf*, contiene una palabrita (*Beruf*) que comúnmente se traduce como “vocación”, pero que no tiene un término certero que la defina en la lengua hispana. Una traducción más

adecuada de dicha conferencia es *La política como profesión*, aunque tampoco allí se retiene el sentido religioso, luterano, de *Beruf*, que el mismo autor analiza en otras obras, sentido que no tienen ni la antigüedad clásica ni los pueblos católicos. La profesión corresponde a un llamado divino, algo a lo cual el individuo tiene que atender como a una misión. La profesión no se agota en su quehacer laboral ni en la racionalidad individual, es algo que exige siempre un plus, una respuesta al afuera.

Sostenemos la inscripción a una tradición filosófica que no considera prioritario el “saber filosófico positivo”, es decir, la filosofía en tanto “conocimiento”, dado que la fuerza de la filosofía proviene de ser un pensamiento disruptivo de los saberes y el conocimiento. La filosofía, hegelianamente, levanta su vuelo en el ocaso, como el búho de Minerva, cuando los acontecimientos han ocurrido. Pero que no produzca conocimiento positivo o que no genere los acontecimientos no quiere decir que la filosofía no produzca efectos en el mundo. Dicho de otro modo: no es la filosofía la que puede transformar el mundo (al menos como dice el editorial, “directamente”), y ésa es una primera respuesta (desencantada) al qué hacer en tanto filósofos. La reflexión filosófica toma su materia de las condiciones en la que ésta se despliega, y sin esas condiciones no es, esencialmente, nada. Diremos que la filosofía depende de otros campos no filosóficos, es decir, de sus condiciones (la ciencia, el amor, el arte y la política, al decir de Badiou) para ejercer su reflexión, la vuelta sobre esas condiciones. Y es allí donde –entendiendo– la pregunta por el qué hacer filosófico adquiere relevancia. Si

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 33-34.

## Qué?hacer



La reflexión filosófica toma su materia de las condiciones en la que ésta se despliega, y sin esas condiciones no es, esencialmente, nada.

aceptamos esto, la filosofía académica e institucionalizada vendría a montarse sobre acontecimientos políticos. Pero la decisión de ir a una marcha en defensa de los valores democráticos, la de participar en un sindicato o la de publicar una revista es una decisión política, tanto como la de constituirse como investigador/a especializado/a sin jamás hacer una pregunta por las condiciones que posibilitan esa carrera individual y su sentido; alternativas todas que se le presentan por igual a los/as investigadores/as en filosofía, en física teórica o en ciencias naturales, tanto a los abogados como a los médicos. Será en todo caso una decisión filosófico-política, pero no todas las maneras de concebir la filosofía serán compatibles con esa decisión. Una voluntad práctica, política, previa a la filosofía, pero que luego sí involucra a la filosofía, es la que sostiene, entiendo, la voluntad de “desbordar la filosofía” y dar el salto, tejer lazos o crear comunidad. En la filosofía y entre los filósofos predomina otra tradición, ni popular, ni democrática, ni desbordante, sino todo lo contrario. Ejemplos sobran, y no hace falta entrar en el atolladero de la traducción política de posiciones filosóficas.

Afirmar el carácter académico y especializado del pensamiento filosófico, considerar su compleja pero valiosa autonomía no significa negar que allí se construyen concepciones dominantes de la filosofía y su destino, modos hegemónicos de la profesión y modos minusvalorados, y que lo que se esconde bajo una práctica compartida son posiciones filosóficas irreconciliables, algunas de las cuales son incompatibles con la voluntad política de *hacer algo* con las condiciones (el elitismo filosófico tiene muchos rostros).

Un ejercicio de preguntas, para terminar: ¿Qué relación guarda un espacio cualquiera de enseñanza, externo a la academia, en el que se pretende poner en juego el pensamiento filosófico con jóvenes, y un artículo profesional altamente calificado en filosofía, publicado en una revista especializada, tal como lo establecen las exigencias de la producción de conocimiento científico? ¿Cuál es la potencia de la filosofía que asignaríamos, de antemano, en uno y otro caso? ¿Qué “densidad filosófica” podríamos decir que posee cada una de esas experiencias? ¿Es una cuestión de cantidad, o se trata de experiencias cualitativamente diferentes?

Acaso la filosofía tenga otro *modo académico* para el desborde: tener en cuenta la compleja, áspera y conflictiva trama que habita

en la escuela y los espacios institucionales vinculados a ella. Allí difícilmente la especialización y la autonomía alcancen para comunicarse con esos otros ajenos, otros con lenguaje opaco y conflictivo. La divulgación, liberada del roce y las asperezas gracias a la distancia del público, tampoco parece que alcance: en las aulas los cuerpos están demasiado cerca. Sin la espectacularidad ni el reconocimiento mediático, las instituciones escolares (objeto de infinita impugnación y diversas formas de menosprecio, lugar de anacronismos, contradicciones y frustración) son ni más ni menos los espacios donde se forja inicialmente la vida en común. ¿Qué filosofía quiere *hacer algo* ahí?

### ¿Qué hacer?



¿Qué “densidad filosófica” podríamos decir que posee cada una de esas experiencias? ¿Es una cuestión de cantidad, o se trata de experiencias cualitativamente diferentes?

ción y diversas formas de menosprecio, lugar de anacronismos, contradicciones y frustración) son ni más ni menos los espacios donde se forja inicialmente la vida en común. ¿Qué filosofía quiere *hacer algo* ahí?

#### Addenda

En las Dos Batallas que libra Megafón, la celeste y la terrestre, una de las primeras expediciones se proyecta al manicomio de la calle Vieytes. Allí Megafón se dispone a realizar la “Operación Filósofo”, el rescate y fuga del filósofo Samuel Tessler de dicho internado.

La degradación material y simbólica en las condiciones del macrismo nos lleva a inscribir la tarea filosófica en la tradición de esas Dos Batallas de Megafón, recordando que son complementarias porque es una misma lucha en distintos planos. No hay enemigos anacrónicos, creía Megafón, y los conflictos de los seres humanos no son muchos en lo esencial: se repiten a través de las edades. En esa lucha, como en la gesta de Megafón, hay *también* un lugar para el filósofo, *junto a* vendedores de biblias, afiladores, jugadores de fútbol, portuarios y periodistas jubilados.

## Apuntes de coyuntura sobre política y cultura

PATRICIA DIP

### I. Confesiones en voz alta

Probablemente nada haya más desafiante y riesgoso, tanto para filósofos como historiadores, como pensar el presente. Las férreas categorías de la lógica y los puntillosos registros de las fuentes nos permiten navegar por diversas aguas sin temor al naufragio. La actualidad, sin embargo, irrumpe convocante y nos exige la palabra sin dilación. Se trata de una exigencia legítima y trataré de responder a ella a partir de la escritura de una suerte de apuntes cuya modesta pretensión se agota en el intento de aportar una mirada crítica a la acuciante situación política, económica y social de la Argentina.

La crítica, si no quiere ser la crítica roedora de las ratas, no tiene más remedio que concentrarse, como punto de partida al menos, en uno mismo. Es por eso que recorreré ciertos conceptos heredados de la tradición político-cultural de occidente con el objeto de esgrimir las razones por las cuales hemos perdido la batalla cultural. Con esto me refiero lisa y llanamente al avance político ideológico de las derechas en el mundo y en la región, de la cual por supuesto, y lamentablemente, no somos una excepción.

Luego de una época caracterizada por el avance y la ampliación en materia de derechos, la inclusión de las minorías, la aceptación del otro, nos vemos sometidos a la lógica deformante del mercado y al retorno de lo reprimido, el neoliberalismo, que vuelve ya no como anunciara Marx, cómicamente, sino por el contrario como una tragedia cuyo final presagiado deberíamos, nosotros los intelectuales, haber, sino evitado (ya que no podemos arrogarnos esa función sin caer en la estupidez), por lo menos previsto.

De allí que las primeras palabras críticas se dirijan a nosotros mismos, los intelectuales, quienes no hemos logrado formular una